Seres de contacto y seres de no contacto: "Don Quijote", primera parte

José Amezcua
Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa
México

Si el lector del *Quijote* intenta hacer un retrato del protagonista desde el ángulo de su contacto físico con los demás personajes, pudiera afirmar que en general el hidalgo manchego es un personaje que rehuye la experiencia sensorial. Esto ocurre no sólo porque su locura, su idea fija puesta en los libros de caballerías, lo aleja de conceder importancia a lo observable, y por ende, lo aparta de la consideración de los sentidos,[1] sino porque, en vista de su esquema de carácter (solterón, en los umbrales de la vejez, ensimismado y reflexivo), se desprende la idea de que el contacto físico le ocasiona molestias antes que verdadero placer. Frente a estos datos, pudiera afirmarse, echando mano de la terminología de Edward T. Hall, que don Quijote es un personaje que se destaca de los demás por presentar una mayor *distancia personal* entre él y los otros, que preserva su *territorio* y que, por último, es un ser de *no contacto*.[2] Uno recuerda su rechazo a ser desnudado por las damas,[3] el verdadero terror que muestra al sentirse amenazado por la seducción de las damas, etc.[4] El lector tiene la impresión, sin embargo, de que este temor al contacto, si bien se agudiza en la segunda parte y da lugar en esa ocasión a la presentación de cuerpos humanos con mórbidas o terribles implicaciones, tan certeramente observadas por Arthur Efron,[5] en el primer *Quijote* el miedo parece tener menor relevancia, como lo demuestra la escena nocturna entre don Quijote y Maritornes (I, 16: 203-204).[6] Por otro lado, el tono festivo con que se narran estos contactos, se resuelve en una visión esencialmente positiva de la existencia en la primera parte, diferente del tono desencantado que inunda al segundo *Quijote*.

Nos hemos referido hasta aquí al aspecto erótico de la obra, pues éste destaca con mayor evidencia la actitud hacia el contacto físico del protagonista; hay, sin embargo, otros tipos de relación que conviene estudiar. Aquí me propongo analizar, desde el punto de vista del acercamiento sensorial, la relación de don Quijote y Sancho localizada desde el capítulo 10 al 20 de la primera parte, pues encuentro una continuidad que, como espero demostrar, implica una tirantez y una vacilación, resueltas más tarde en un parcial desenlace.

Del capítulo siete en que aparece Sancho, al décimo, no hay propiamente acercamiento relevante entre ambos. Sancho sigue a su señor por los campos de Montiel, sin que el texto registre otra cosa que la admiración respetuosa y distante[7] por "tan principal amo [...] que me sabrá dar todo aquello que me esté bien" (I, 7: 128); a pesar de asistir a la locura del caballero frente a los molinos de viento, cree firmemente lo que le dice su señor.[8] Con el propósito de pedir a su amo la ínsula, ganada según él en la batalla contra el vizcaíno, el criado se acerca por primera vez a tocar a su amo,

aun cuando el acto no haga sino continuar esa admiración respetuosa por don Quijote: se dice que Sancho "llegó a tenerle el estribo [a don Quijote], y antes que subiese [a Rocinante] se hincó de rodillas delante de él, y asiéndole de la mano, se la besó" (I, 10: 147).

El narrador ofrece una oportunidad posterior de aproximación entre ambos personajes: como el hidalgo trae lastimada la oreja por el encuentro con el vizcaíno, Sancho, sin hacer patente su deseo de curarlo, insta a su señor a hacerlo;[9] don Quijote prolonga esta indecisión de acercarse con un "curémonos". Y no se dice más del asunto, pues la conversación se desvía hacia otros temas y el narrador no cuida de puntualizar si la curación se realiza y cómo. Con todo, ya en amable conversación con los cabreros, después de la cena, vuelve a aparecer el dolor en la oreja del hidalgo, y ahora es él mismo quien inicia la invitación al acercamiento: "con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester". El acto, de nuevo, nos es escamoteado por el texto, pues uno de los cabreros se apresura a remediar el dolor del caballero con una cataplasma de sal, hojas de romero y saliva (I, 10: 161).[10] Como el narrador, quien no acierta a acercarse a describir la escena, los personajes tampoco se deciden a encarar el acto de proximidad por el tacto.

Como se sabe, el capítulo 11 presenta a don Quijote en una de las cumbres de su capacidad oratoria y su inspiración. La cercanía de la victoria obtenida sobre el vizcaíno lo lleva quizá a tal exaltación, pues desde el momento en que es invitado por los cabreros a sentarse a disfrutar la rústica cena (I, 11: 153-154), inicia su disposición a compartir con esos seres de inferior condición social su sabiduría y su persona, a acercarse, en fin, físicamente a ellos. Como Sancho ha quedado de pie "para servirle la copa" a una respetuosa distancia, don Quijote lo invita a sentarse con él, pues "quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor: que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala" (*Loc. cit.*). Mas el escudero prefiere rechazar la invitación, pues se inclina a una comodidad sin molestias de urbanidad, en donde no tenga que "mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser [...] ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo". Pero el caballero está resuelto a que sus planes – la representación de la concordia ante gente de inferior condición – se realicen; como un tenor a punto de soltar un aria que pide al auditorio permanezca sentado y en silencio, don Quijote insiste en su petición, "y asiéndole del brazo, le forzó a que junto dél se sentase" (*Ibid.*: 154-155).

Y sobreviene, ante la vista y el tacto de las bellotas, el discurso de la Edad Dorada,[11] en el que el personaje da rienda suelta a sus pensamientos, entre otras cosas, sobre la igualdad de los hombres: "Entonces – dice el hidalgo – los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes", pues la Naturaleza sustentaba a todos; por ello, "todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia" (I, 11: 155-157). Don Quijote quiere, aunque sea por unos segundos, revivir con el *tête-a-tête* con Sancho y los cabreros, esa Edad Dorada y feliz. Pero el narrador es implacable, aun ante esta pieza maestra de la

prosa española; anula, como es tan frecuente en la novela cervantina, la fuerza del convencimiento de ideas expuestas anteriormente con su calificación de "larga arenga que se pudiera muy bien excusar" y de "inútil razonamiento" (*Loc. cit.*). El movimiento de don Quijote de acercarse a estos seres inferiores – Sancho y los cabreros – muestra seguir un camino erróneo por provenir de una idea previa, de "esta fe ciega en la autoridad" de los libros de caballerías, según señala Avalle Arce,[12] que vuelve la espalda a la experiencia; don Quijote intenta imponer sobre hechos y personajes el peso de su autoridad y la fuerza de su capacidad de convencimiento: sienta a la fuerza junto a él al escudero y obliga a los cabreros a oírlo. La relación de don Quijote y Sancho, pues, a pesar de sus tímidos intentos de aproximación, parece hasta este momento no haber trascendido el esquema caballero/escudero, o si se quiere, el de señor/servidor; las circunstancias, en el caso de Sancho, y la idea fija y el sentido de autoridad, en el de don Quijote[13] han frustrado el acercamiento; en última instancia, todo ello es obra del "autor", quien no ha dado aún en la ocasión propicia para darnos de sus personajes otro tipo de relación.

En otro episodio posterior, don Quijote pelea contra "más de veinte" gallegos, a causa de las veleidades eróticas de Rocinante.[14] Pero es vencido el caballero (I, 15: 191-192), y de nuevo las circunstancias se imponen con dureza, mas no únicamente de manera teórica o psicológica, sino por la vía del dolor físico, de la experiencia del cuerpo: a don Quijote y a Sancho les llueven palos de los gallegos, al grado de que el escudero comienza a renegar de su señor (*Ibid.*: 197).

Ya en la venta, en cuyos capítulos no me detendré por mostrarse allí una vertiente distinta del problema del contacto que trato aquí, vuelven a caer golpes sobre caballero y escudero, de suerte que, ante el dolor, don Quijote elabora el bálsamo de Fierabrás. En ese mismo lugar, el hidalgo prueba el bebedizo, vomita, y después de un descanso de tres horas, despierta aliviado de su molimiento (I, 16: 209-210). Sancho, quien también ha decidido probar el bálsamo, termina, contrariamente, por sentirse peor de lo que estaba, "y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales" (*Ibid.*: 211).

Es importante destacar en ambos personajes la afluencia de los humores viscerales,[15] pues éstos volverán a aparecer más tarde, de manera que, junto al bálsamo de Fierabrás, serán las vomitadas elementos inusitados de relación entre los dos personajes. En el episodio que acabamos de mencionar, cada uno expele sus líquidos sin derramarlos sobre el otro; sin embargo, en la escena que sigue a la batalla de los dos ejércitos (I, 18: 224-225), las regurgitaciones de cada uno se mezclarán, y en esta mezcla, los dos quedarán bañados de vómito. El valiente caballero acomete a los escuadrones, que no son sino manadas de ovejas; vuelven a caer piedras sobre él, en tal cantidad, que le golpean las costillas, le rompen "tres o cuatro dientes y muelas" y lo derriban, por último, de Rocinante. Antes, en la refriega de la lucha, el héroe se ha echado un trago del bálsamo mágico; caído ya, pide a Sancho, pues "que he menester tu favor y tu ayuda, llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan". El narrador prosigue:

"Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

– ¡Santa María! – dijo Sancho –. Y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda, este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre [...]; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas [...] Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra" (*Ibid.*: 224-225).

Después de este intercambio de humores, que hace retroceder al escudero con asco, don Quijote, a pesar de su locura, alcanza a entender muy bien que Sancho, ahora "de pecho sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre pensativo además", está a punto de dejarlo, que la relación corre el riesgo de naufragar, en este preciso momento, si no resuelve cambiar de actitud con el escudero; así, se dirige a él con humilde comedimiento; habla, con matiz conciliador y blando tono, del buen Dios, "proveedor de todas las cosas", que con seguridad hará cambiar la borrasca por buen tiempo, pues "hace salir el sol sobre los buenos y los malos". Tan inusitada es su transformación, de furioso acometedor de batallas a blando y piadoso orador, que el escudero inmediatamente la registra y exclama con retintín: "más bueno era vuestra merced [...] para predicador que para caballero andante" (*Ibid.*: 226-227).

El hidalgo intenta calmar ahora la tácita indignación de Sancho, llamándolo "hijo" y "amigo" (*Loc. cit.*); permite al escudero que lo guíe en la dirección que desee, contrariamente al uso anterior de caminar él por delante.[16] Asimismo, don Quijote concede razón a las críticas del criado.[17] Por último, el hidalgo atrae hacia sí, de nuevo, a Sancho para que vuelva a comprobar con propia mano la pérdida de los dientes: "Pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho". Sancho, apaciguada ya su ira por la nueva suavidad de trato de don Quijote, olvidándose del resultado del suceso pasado, torna a meter confiadamente los dedos a la boca de su señor. El diálogo que se entabló por la mutua experiencia sensorial, que sin perdón podemos llamar visceral, ahora se desarrolla en forma oral; en este diálogo de palabras, amo y criado, en cercana relación conversan sobre una nimiedad que los concilia y hace fluir, al fin entre ambos, sentimientos de reconocimiento personal: "Sancho...le dijo", "respondió don Quijote", "respondió Sancho", "respondió don Quijote", "dijo Sancho", "dijo don Quijote" (I, 18: 227).

La transformación que se opera en la relación de ambos a partir del diálogo de esferas personales, no tarda en manifestarse. Sancho comienza a tomarse libertades, antes no aludidas en el texto: se atreve a burlarse de su amo después de la aventura

de los batanes (I, 20: 248) y a llamarlo con el mote de Caballero de la Triste Figura, pues "tiene vuestra merced la más mala figura [...] que jamás he visto" (I, 19: 234-235). El criado inicia su costumbre de lanzar refranes a la menor provocación.[18] Por otro lado, el pobre escudero, a raíz del episodio del mutuo vómito, ha quedado unido de tal manera a su amo, que en la noche de los batanes, muerto de miedo y con lágrimas en los ojos, pide a su señor no vaya a acometer la aventura y a dejarlo solo; ya que ve cuán poco aprovecha su discurso, decide engañarlo, para lo cual ata los pies de Rocinante, e impide de esta manera que su amo se aleje de él. Se prende de la pierna de don Quijote, quien sobre el caballo intenta vanamente iniciar la aventura. Es ésta una larga escena en la que Sancho y don Quijote, en la oscuridad, dialogan de nuevo, unidos piel con piel; el escudero narra el cuento inacabable de la Torralba, y la escena culmina, de nueva cuenta, con el acto en que Sancho se hace caca; los olorosos efluvios llegan a las narices del amo, quien con los dedos apretando fuertemente sus narices, ordena al atrevido criado alejarse de allí (*Ibid.*: 245-246).

La confianza que Sancho ha logrado trabar con su amo, la seguridad que éste le ofrece, también, conducen al humilde personaje a invadir la esfera personal de su señor a un grado antes no expuesto. Quien prudentemente intentara alejarse de su superior en la cena de los cabreros, por respeto a "no estornudar ni toser [...] ni hacer otras cosas que la soledad y libertad traen consigo", ahora ha intercambiado el vómito con el señor, y seguidamente lo ha hecho oler sus excrementos, los humores más bajos de su cuerpo.

Aún más: la confianza lograda lo ha llevado a reírse de la valentía de su amo, a la mañana siguiente a la noche de los batanes; entonces la burla a su señor, iniciada con una risa que lo hace "apretarse las ijadas", se resuelve en una verdadera falta de respeto al pobre caballero, de quien reproduce en chunga, o "por modo de fisga", sus grandilocuentes palabras (*Ibid.*: 248). La ira de don Quijote estalla ante tamaño desacato y con el lanzón propina palos al escudero. Ante esta tormenta, Sancho cobra conciencia de que ha ido demasiado lejos y pide perdón a don Quijote, no sin admitir que "éste te quiere bien, que te hace llorar" (*Ibid.*: 249-250). A su vez, don Quijote pide también disculpas a Sancho, ya que "los primeros movimientos no son en mano de hombre"; por último recomienda al criado no tomarse libertades que, por otro lado, no se dan en libro de caballerías alguno, y aconseja en el futuro "hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que – continúa –, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo" (*Ibid.*: 250-251). Pero esta distancia que don Quijote intenta poner entre él y su escudero, y que el propio Sancho admite como razonable, no pasa de ser, como tantos otros del hidalgo manchego, un bien intencionado proyector que quedará en el aire. Sancho continuará aceptando la superioridad de su amo, pero le habrá de engañar cruelmente; el cariño por el señor se pondrá de manifiesto, pero habrá de lamentarse otras veces de su suerte al seguir a tan loco amo; habrá de exigir su salario, pero no podrá dejarlo ya. El zig-zag del movimiento de aproximación/alejamiento constituye, a no dudarlo, parte del encanto de esta relación humana.

Por su parte, don Quijote, si bien pierde su anterior y absoluto señorío sobre Sancho, logra a cambio una apoyadura personal que le hacía falta.[19] Quizá no vuelva

a conseguir que su escudero crea en sus propuestas caballerescas como al principio, mas a la hora en que otros intenten burlarse de don Quijote, no hay duda de que Sancho se coloca, sin presión alguna, del lado de su señor. Don Quijote se equivoca al acercarse por vía del discurso de la Edad Dorada a la naturaleza de cabreros y labradores, pues hace derivar una conducta de una idea libresca que hace a un lado la experiencia de los otros; intenta por un instante una aproximación que él juzga habrá de igualar a criado y señor, a caballero y escudero, pero el movimiento no es genuino por seguir un derrotero inverso al que debiera tomar toda vía de conocimiento. Al mundo – es decir, a los otros – no lo conocemos totalmente por los sentidos, es verdad, pues ya lo dice el personaje: "uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son" (I, 18: 223), pero hace falta el contacto sensorial[20] y la observación de los otros como cuerpos para hacernos constatar esa realidad cercana que es una *persona*, lejos de los roles de criado, señor, escudero, bachiller. Frente a esta conmoción de la experiencia sensorial, de uno mismo a través de los otros y viceversa, las ideas previas que enmascaran a los seres y a los objetos parecen esfumarse: don Quijote olvida por un momento la caballería andante para tocarse la mejilla, movido por el dolor; también a causa de la mejilla que duele, intenta la aproximación más genuina, y sin acordarse de enemigos, glorias y batallas, se acerca a Sancho para reconciliarse con él.

Gran parte de la novela cervantina la ocupan los golpes, las caídas, los desmayos y los sudores, los malestares corporales por el miedo y por ingestión de brebajes. Todo ello, como sabemos, reúne motivos folklóricos de ese mundo al revés estudiado por la crítica;[21] pero también cuánto de la idea del cuerpo, de su vocación o su impedimento al contacto se registra en el libro. Aquí me he limitado a hacer una pequeña cala sobre ese tema, que precisa ser investigado en profundidad.

NOTAS

1 Aunque el propio don Quijote reitera las frases "tocar con las manos" y "ver con los ojos". Cfr. Avalle Arce (1975: 27-28).

2 Hall (1979): "La territorialidad [...] suele definirse diciendo que es el comportamiento mediante el cual un ser vivo declara característicamente sus pretensiones a una extensión de espacio, que defiende contra los miembros de su propia especie" (p. 14). Contacto y no contacto: "En lo relativo al uso del espacio es posible observar una dicotomía básica [...] en el mundo animal. Algunas especies se apiñan y buscan el contacto físico entre sí [las de contacto]. Otras evitan por completo tocarse [son las de no contacto]" (p. 21). "Distancia personal es el término [...] para designar la distancia que separa constantemente [a] los miembros de las especies de no contacto. Puede considerársela una especie de esfera o burbujita protectora que mantiene un animal entre sí y los demás" (p. 146).

3 "Pidiéronle [las doncellas] que se dejase desnudar para [ponerle] una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien a los caballeros andantes como la valentía". *Quijote*, II, 31: 277. Utilizo la ed. de Luis Andrés Murillo, Madrid, 1978.

4 Lúcidamente afirma Teresa Aveleyra que "Dulcinea – mujer ideal y abstracta – es el valladar que Alonso Quijano se ha levantado para evadir toda aproximación a la mujer real y concreta. La entrega total a Dulcinea es el puntal consciente de su miedo, más aún, de su terror subconsciente a la relación erótica" (Aveleyra 1977: 469). Y comenta Hall (*Op. cit.:* 146): "para los miembros del grupo de no contacto es tabú relajarse y disfrutar del contacto corpóreo *[sic]* con los extraños".

5 "The human body changes, in its fictional presentation, in the second part of Cervantes' masterpiece [...]; the relatively simple grossness of Maritornes is gone and we have some really grotesque and some subtly re-sexed female creatures". La bella duquesa "has two fountains one springing from each of her legs" y la realidad de la muerte en un cuerpo colgado aparece a Sancho (Efron 1982: 155-156 *passim*).

6 *Quijote* (I, 16: 203-204). Don Quijote, creyendo que es la hija del ventero que viene enamorada a visitarlo, ase de las muñecas a Maritornes, la sienta en su propia cama y se atreve a tocarla. Cfr. lo que observa Teresa Aveleyra (art. cit.: 476-477) sobre la libido a punto de realizarse plenamente del hidalgo.

7 Hall (1979) destaca que "la territorialidad va asociada también con la categoría o jerarquía" (p. 17), y "los animales dominantes son propensos a tener mayores distancias personales que los que ocupan posiciones inferiores en la jerarquía social, mientras [en] los animales subordinados se observa que ceden espacio a los dominadores" (p. 22).

8 "Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice", puntualiza Sancho (I, 8: 131).

9 "Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure; que le va mucha sangre de esa oreja" (I, 10: 148).

10 El hecho de curar con su propia saliva, muestra que el cabrero, como el propio Sancho, pertenece a una "especie de contacto". La saliva, además, adelanta sucesos que tendrán su culminación en los vómitos que van a referirse después.

11 Para el estudio de la ideología y las fuentes del discurso de la Edad Dorada, cfr. Castro (1972: 173-179) y Maravall (1948: 199-257).

12 Avalle Arce (1975: 21) La petición de principio del silogismo quijotesco se evidencia estilísticamente, como puede verse en el ejemplo siguiente: "*Porque* veas, Sancho [...] *y cuán* a pique están [...], quiero *que* aquí a mi lado *[...], y que* seas una mesma cosa [...], *que* soy tu amo [...]; *que* comas en mi plato [...]; *porque* de la caballería [...]" (I, 11: 154).

13 El episodio siguiente muestra otra "locura" similar a la de don Quijote: Marcela de pastora y Grisóstomo muerto de amor, después de haberse ido a seguir la vida pastoril por obra de ella. Cfr. Avalle Arce (1975a: 91-116). Igual que Sancho se ha defendido de la idea preconcebida de su amo, Marcela lo hará también, argumentando la validez de su esfera personal: "¿Por qué queréis – dice a su auditorio masculino – que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien [...?] Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos" (I, 14: 186). Junto a su esfera personal, Marcela defiende su territorio. Maravall (1948: 209-210) asienta, reproduciendo palabras de Américo Castro, que en la vida pastoril "'late el germen vivo de la expresión del alma individual', y que la soledad pastoril es la 'soledad consigo mismo del individuo, durante la cual se siente ser él y no más que él'".

14 Bien visto, Rocinante en este pasaje prosigue las acometidas amorosas de Grisóstomo a Marcela, e igualmente, aunque no a los extremos del enamorado personaje, sale mal librado del lance (I, 16: 209-210).

15 La visión festiva, inocente y positiva, con que se refiere la expulsión de estos humores contrasta, en la segunda parte, como inteligentemente observa Arthur Efron (1982: 160-162), con las asociaciones a la enfermedad que manifiestan los humores de la duquesa ("fuentes", pero también "desaguaderos", según el investigador).

16 "Y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos"; "sube, amigo, y guía que yo te seguiré el paso por donde quisieres" (I, 18: 227 y I, 19: 236, respectivamente).

17 "Tienes mucha razón, Sancho [...]; mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria"; "con todo eso [...], te ruego, Sancho que tengas buen ánimo" (*Ibid.*: 228-230, respectivamente).

18 Cfr. *Quijote*, ed. John Jay Allen (Madrid: Cátedra, 1984, vol. 1): 236, n. 22, que reproduce juicios de Clemencín; también *Quijote*, ed. Avalle Arce (Madrid: Alhambra, 1979, vol. 1): 233, n. 24.

19 Por eso no estamos de acuerdo en la tajante apreciación de Mario Casella: "If the first part of the novel is dedicated entirely to the glory of don Quixote, the second part is the comic epic of Sancho" (Casella 1969: 209).

20 Montagu y Matson (1983: *passim*): "El más humanizante, y en muchos aspectos el más crucial de todos los sentidos, es el tacto". Avalle Arce (1976: 109-110) puntualiza que "los sentidos no engañan a don Quijote en absoluto. Sus sentidos perciben una aislada venta manchega y dos prostitutas [...] Es en el paso de lo sensorial a lo anímico que estas imágenes quedan totalmente trascordadas".

21 Cfr. Bajtín (1971: 21-33 *passim*). Sancho, según el investigador soviético, encarna la cultura carnavalesca: "El materialismo de Sancho, su ombligo, su apetito, sus abundantes necesidades naturales constituyen 'lo inferior absoluto' del realismo grotesco, la alegre tumba corporal (la barriga, el vientre, la tierra) abierta para acoger el idealismo de don Quijote, un idealismo aislado, abstracto e insensible" (p. 26). También afirma que "los cuerpos y los objetos comienzan a adquirir en Cervantes un carácter privado y personal"; el cuerpo "ya no es lo inferior positivo, capaz de engendrar la vida y renovar, sino un obstáculo estúpido y moribundo que se levanta contra las aspiraciones del ideal" (p. 27).

BIBLIOGRAFIA

Avalle-Arce, Juan Bautista

1975 "Conocimiento y vida en Cervantes". En *Nuevos deslindes cervantinos*, pp. 14-90. Barcelona: Ariel.

1975a "Grisóstomo y Marcela". En *Nuevos deslindes cervantinos*, pp. 91-116. Barcelona: Ariel.

1976 "La locura de vivir". En *Don Quijote como forma de vida*, pp. 98-143. Madrid: Fundación Juan March/Castalia.

Aveleyra, Teresa

1977 "El erotismo de Don Quijote". En *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 26: 468-479.

Bajtin, Mijail

1971 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona: Barral.

Cervantes, Miguel de

1978 *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo, Madrid: Castalia.

1979 *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid: Alhambra.

1984 *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. John Jay Allen. Madrid: Cátedra.

Casella, Mario

1969 "Critical Realism". En Angel Flores y M.J. Bernardete (eds.) *Cervantes across the Centuries*, pp. 205-224. Nueva York: Gordon Press.

Castro, Américo

1972 *El pensamiento de Cervantes*. Madrid: Noguer.

Efron, Arthur

1982 "Bearded waiting women, lovely lethal female piratemen: Sexual boundary Shifts in *Don Quixote*, Part II", *Cervantes*, II: 155-170.

Hall, Edward T.

1979 *La dimensión oculta*, México: Siglo XXI.

Maravall, José Antonio
1948 *El humanismo de las armas en 'Don Quijote'*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Montagu, A. y F. Matson
1983 *La dimensión oculta*. Barcelona: Paidos.